LIBRARY OF PRINCETON
SEP 2 9
THEOLOGICAL SEMINARY

PER BX1462.A1 V47

Verbo.

Digitized by the Internet Archive
in 2016

https://archive.org/details/verbo2191ciud

FORUM
Biblioteca
CORDOBA 8:8
1054-Cap. Fed.

VERBO

LIBRARY OF PRINCETON
MAY 4 1990
THEOLOGICAL SEMINARY

En el principio era el Verbo

S. Juan 1, 1

Diciembre 1960

año II — nº 19

LA CIUDAD CATÓLICA

¿QUÉ ES LA REVOLUCIÓN?

"La *Revolución* es una doctrina que pretende *fundar la sociedad sobre la voluntad del hombre en lugar de fundarla sobre la voluntad de Dios*" [1]. "Ella se manifiesta por un sistema social, político y económico nacido del cerebro de los filósofos, sin cuidado de la tradición y caracterizado por la *negación de Dios sobre la sociedad pública. Esto es la Revolución, y es allí donde hay que atacarla*" [2].

"El resto no es nada, o más bien todo fluye de aquéllo, de esa rebelión orgullosa de donde salió el Estado moderno, el Estado que ha tomado el lugar de todo, que se ha hecho dios, y que nosotros rehusamos adorar.

La *contra-Revolución* es el principio contrario, es la doctrina que hace *reposar la sociedad sobre la ley Cristiana*" [1].

Secularizar la sociedad y el Estado, emancipar de toda influencia católica los órdenes de la vida, y, si fuera posible, arrancar la fe de todas las almas; *restaurar el imperio de Luzbel sobre la ruina del de Cristo*, tal es el fin de la *Revolución* cosmopolita, que tácita o expresamente, con franqueza o doblez, persiguen la escuela y partidos liberales (y marxistas), que son los instrumentos por los cuales se difunde y desarrolla en el mundo" [3].

"Llámese Racionalismo, Socialismo, *Revolución* o Liberalismo (o Comunismo, agregamos), será siempre, por su condición y esencia misma, la negación franca o artera, pero radical, de la fe cristiana, y en consecuencia *importa evitarlo con diligencia, como importa salvar las almas*" [4].

"Después de los tres primeros siglos, durante los cuales la Tierra rebosó de sangre de cristianos, se puede decir que jamás la Iglesia atravesó una crisis tan grave como aquella en que entró a fines del siglo XVIII.

"Bajo el efecto de la loca filosofía salida de la herejía de los novadores y de su traición; y por el desatino en masa de los espíritus, estalló la *Revolución*, cuya extensión fué tal que trastornó las bases cristianas de la sociedad, no sólo en Francia, sino poco a poco en todas las naciones". S. S. Benedicto XV (A. A. S., 7 de marzo de 1917).

Y esto es la Revolución: la gran rebelión que, incubada desde muy lejos, nace vigorosa en los últimos tiempos (siglo XVIII en adelante). La Revolución no es sólo el laicismo en las escuelas, ni la disolución en la familia, ni el odio a la autoridad civil, ni la persecución religiosa, ni el trastrueque del mundo del trabajo. Es todo eso; pero es algo más. Es el afirmar que tanto el orden social como el individual se han de establecer sobre los derechos del hombre y no sobre los derechos de Dios. ¿Sus etapas? *Renacimiento, Reforma, Revolución francesa, Comunismo.*

[1] Alberto de Mun, Discurso en la Cámara de Diputados de Francia, en noviembre de 1878. Fué de Mun economista, organizador del "Catolicismo social", varias veces diputado, propulsor de la legislación social francesa y académico (1841-1914).

[2] A. de Mun, del discurso a la Tercera Asamblea General de miembros del Círculo Católico, 22 de mayo de 1878.

[3] Vázquez de Mella, La persecución religiosa. Obras completas. T. V, p. 35. El autor (1861-1928), insigne apologista católico y elocuente orador, mereció ser llamado en España, su patria, "El verbo de la Tradición".

[4] Carta colectiva de los Ilmos. y Rvdmos. Prelados de la provincia eclesiástica de Burgos.

VERBO

ORGANO DE FORMACION DOCTRINARIA
de
LA CIUDAD CATOLICA

Diciembre 1960 Año II, nº 19

ÍNDICE

Enseñanza de La Ciudad Católica: Lo que somos... 3

De "Cruzado Español": Una observación de San Juan Bosco esclarece la causa de la Revolución 11

Una extraordinaria mujer argentina 19

La voz de la Jerarquía: Pastoral sobre el Congreso Mariano 25

Córdoba 679, esc. 710, Bs. Aires, Argentina - Teléf. 32-6343

Con las debidas licencias

Director: M. Roberto Gorostiaga

Precio del ejemplar: Rep. Argentina: $ 12.— m/n. Exterior 0,20 dólar
Suscripción a 6 números: Argentina $ 70.— m/n. Exterior 1.— dólar
Suscripción extraordinaria: $ 500.— m/n ó 6 dólares

Córdoba 679, esc. 710, Buenos Aires, Argentina
Cheques y giros a la orden de LA CIUDAD CATOLICA

LO QUE SOMOS

La Unidad se puede en este mundo realizar únicamente en la diversidad.

Unidad de espíritu en la diversidad de situaciones contingentes.

Si reina la unidad doctrinal, las divergencias tantas veces irreparables se reducen a lo que son en realidad: opiniones legítimas, especializaciones indispensables, cuyas complementaridades u oposiciones pueden, lejos de ser nocivas, presentar muchos recursos para la acción (diferentes armas de un ejército, por ejemplo).

Debe, pues, haber variedad de tropas, pero con unidad de espíritu, bajo pena de fracaso.

Se impone, pues, la *necesidad* de una formación general cívica, base de un consenso intelectual, cívico, doctrinal, suficientemente homogéneo, capaz de reforzar nuestra unión sobre lo *esencial* y de minimizar las diferencias o choques eventuales sobre lo *accidental* (opciones libres).

He aquí lo que es La Ciudad Católica:

— Un Centro de formación cívica internacional para la formación y la irradiación de "cuadros" sólidos y seguros difundidos universalmente.

— Un grupo de laicos obrando como católicos, pero también como ciudadanos.

La Ciudad Católica no entra en las opciones políticas

particulares; no forma, pues, un partido político, pero sí hace política en el sentido genérico del término, es decir, de construcción de la ciudad temporal.

Nuestra opción particular:

Ejercemos nuestra libertad de opción en el plano temporal, no en cuanto a los objetivos concretos, sino en cuanto al "método" a emplear.

Opción, pues, de "método: opción "pedagógica".

No estimamos que las opciones políticas no sean legítimas, sino que pensamos que existe otra acción, que no excluye aquélla: una acción cívica más profunda, indispensable para la realización de lo que se ha dado en llamar "*la complicidad universal de los espíritus*", para el triunfo de un orden social cristiano.

Nuestros objetivos:

1º) No perjudicar la acción de los que luchan útilmente en el plano temporal, aunque su acción comporte debilidades o imperfecciones. Proveerlos de cuadros y militantes rigurosamente formados en el plano doctrinal, sin perturbar su acción directa ni sustraerles sus tropas.

2º) Actuar en todos los medios sociales, a modo de un fermento, ofreciendo a todas las personas capaces la posibilidad de una formación doctrinal rigurosa sin grandes gastos de tiempo ni de dinero. VERBO *es un instrumento para hombres ocupados.* Nuestro método capilar es el más seguro y económico.

LA CIUDAD CATÓLICA es una máquina para hacer hablar de la doctrina social de la Iglesia: "lámpara ubicada bajo el celemín", verdad mantenida en cautiverio por ignorancia, inconciencia o pusilanimidad.

3º) Aplicarse a favorecer la unión de las inteligencias sobre lo esencial y la sincronización de los esfuerzos, no pa-

ra organizar nosotros mismos un orden exterior, sino para ayudar a realizarlo indirectamente.

Aplicarse a hacer resaltar la potencia de una corriente general de ideas comunes, bien ordenadas y claramente formuladas.

Buscar la unión no al nivel de "los programas", sino al nivel de lo esencial, de los principios, de la doctrina, de lo que es superior al programa. Con esa condición se vuelven realizables los programas políticos.

4º) Para realizar esta armonía entre obras complementarias animadas de un mismo espíritu hace falta por lo menos la predisposición favorable de la mayoría. Para realizarla hace falta, pues, una obra que no regimente, no retenga los hombres como si fueran adherentes de una organización. De aquí la necesidad de una fórmula de trabajo a domicilio, que no saque a la gente de su ambiente, que no pida una adhesión previa. Obra centrífuga y no centrípeta.

5º) Dedicarse a esta tarea de formación cívica intensamente, pero sin publicidad. Sin otra fórmula de progreso que la del trabajo escrupulosamente realizado. Y eso no en un plano meramente local o nacional, sino internacional, si se quiere que una corriente cívica cristiana llegue a todos los ambientes donde impera hasta ahora el pensamiento revolucionario.

Carácter Católico de nuestra obra

Si en general el carácter específico de nuestra obra está mal entendido, las mayores incomprensiones se refieren a su carácter "Católico".

Porque si nuestra obra, en vez de proclamarse católica, fuese ideológicamente neutra, nuestra calificación de "acción cívica" no sería motivo de ninguna controversia.

Pero proclamamos abiertamente nuestra voluntad de ser alumnos de la Iglesia y de repetir a nuestro nivel esta parte de la doctrina católica que nos concierne específicamente.

Encontraríamos ciertamente menos incomprensión si en

vez de hacerse eco de las directivas sociales de la Iglesia nos presentáramos como los discípulos de un "maestro político" cualquiera.

Este signo sirve para medir los estragos del laicismo y del naturalismo en nuestra mentalidad de ciudadanos cristianos.

El Catolicismo, como suprema regla de pensamiento y de acción, ha sido tan apartado del orden público, y nos hemos acostumbrado tanto a este apartamiento, que el más mínimo esfuerzo para reintroducir la referencia cristiana en la ciudad nos parece anacrónico, anticuado, cuando no perturbador.

Y sin embargo, un tal naturalismo equivale, en el plano nuestro, el de la acción cívica, a la ruina de toda acción seria.

Nos decía recientemente uno de nuestros amigos italianos: "¿Queréis ejercer una acción cívica profunda, seria, eficaz, y para eso formar cuadros?

"¿Cómo será posible encarar tal acción sin referencias doctrinarias serias?

"O bien nos apoyamos en ellas, y una acción cívica seria se vuelve posible por este hecho mismo, o bien una formación doctrinaria seria queda prohibida en el plano cívico, y en estas condiciones lo que puede subsistir de acción cívica no es serio.

"Pero si se advierte que un profundo trabajo doctrinal es necesario para la plena eficacia de una acción cívica, ¿es posible, acaso, la elección?

"Ustedes son razonables. Ustedes son cristianos.

"La doctrina social de la Iglesia se impone a vosotros por este doble título:

"Primero: por ser la doctrina más sabia, más conforme al orden natural y divino, de la cual —ha dicho Pío XII—, que tiene la razón para sí.

"Segundo: Le impone también a ustedes, por haber sido proclamada «obligatoria por el Pontífice Romano». No puede nadie apartarse de ella —decía Pío XI— sin peligro para la fe y el orden moral.

"Doctrina, pues, que estáis obligados a proclamar:

"1º) En nombre de la razón natural;

"2º) En nombre de la obediencia a la Iglesia".

¿Proclamar la doctrina social de la Iglesia está exclusivamente reservado a la Acción Católica?

Una de las objeciones que nos hacen con mayor frecuencia es que esta proclamación de la doctrina social de la Iglesia debe quedar reservada exclusivamente a la Acción Católica oficial.

¿Quién negará que la Acción Católica tiene derecho a proclamar esta doctrina social? Aunque en realidad su misión de participación en el Apostolado Jerárquico le reserve una misión aun más alta.

Sin embargo, el pretender así reservar a sólo los Centros de Acción Católica el derecho de difundir, de hablar de la doctrina social de la Iglesia (al mismo tiempo que se niega este derecho a los cristianos empeñados en la acción cívica), implica, lógicamente, esta conclusión: que la difusión de la doctrina social de la Iglesia debe quedar exclusivamente reservada a los que actúan en un nivel que no es formalmente el de su objeto o de su aplicación, y prohibida a los que actúan al nivel de los problemas cuya solución es el objetivo de la misma.

¿Cómo se puede trabajar seriamente, en las condiciones presentes, por el triunfo de la doctrina social de la Iglesia sin hacerla conocer, sin hablar de ella, y eso en el plano mismo de su aplicación?

Porque lo que triunfa en el plano cívico, social o político es aquello de que se trata más habitualmente, lo que se ha preparado por el hábito mental de hablar de ello.

Si no se puede hablar metódicamente de la doctrina social de la Iglesia, en vano se esperará ver un día realizada su aplicación.

Pero hay un segundo argumento, muy serio y muy grave. A la Jerarquía —se nos dice a veces— pertenece profesar la doctrina, no a los laicos.

El argumento es equívoco, porque la palabra profesar puede ser tomada en un doble sentido.

Si se la toma en sentido elevado, no hay ninguna duda que la Jerarquía sola es soberana en materia de doctrina católica: ella sola tiene poder, autoridad, para pensar, elaborar la doctrina, ser su principio y fuente, intervenir en caso de error o desviación.

Pero hay otro sentido de la palabra profesar: es el que encontramos precisamente en la fórmula cristiana de la "profesión de fe", la cual es obligatoria para todo fiel.

En este solo sentido está permitido; más aún, ordenado, por la Iglesia, a todo fiel de profesar el catolicismo en general, y más específicamente esta doctrina social, que la Iglesia ha explicitado cada vez más en estos últimos tiempos, para que, gracias a ella, los laicos puedan resolver estos problemas, que son los problemas específicamente suyos, como ciudadanos que son.

Veamos, para mayor claridad, un texto bien conocido de León XIII:

"El cargo de predicar, o sea de enseñar, pertenece al derecho divino, a los doctores, es decir, a los obispos, y sobre todo al Pontífice Romano... Sin embargo, se debe evitar de creer que quede prohibido a los particulares el cooperar de cierta manera a este apostolado... Cada vez que la necesidad lo exige, aquellos pueden, no por cierto arrogarse la misión de doctores, sino comunicar a los otros lo que ellos mismos han recibido, y ser, por así decirlo, el eco de la enseñanza de los maestros...".

Y Pío XII, entonces Cardenal Pacelli, escribiendo a Monseñor Kordac, no vacilaba en precisar que, tratándose de esta enseñanza más desarrollada, en vista de la acción política, la cual no se podría pedir a la Acción Católica, es impor-

tante que ella sea dada por hombres que se distingan "por una profesión absoluta y firme de la doctrina Cristiana".

Y bueno, he aquí a esta "profesión absoluta y firme de la doctrina Cristiana" que pretende ser nuestra obra, perfectamente ubicada en el plano cívico según el mismo Pío XII.

¿No es eso normal?

¿Cómo no ver aquí, por el contrario, una de las formas más elementales de esta obediencia que debemos a la Iglesia de una extremidad a otra de nuestra vida moral?

Si se nos prohibiera profesar en el plano cívico la doctrina social de la Iglesia, ¿a qué quedaríamos reducidos?

Como no puede existir, quiérase o no, acción cívica profunda sin profunda formación doctrinal, ¿sería, acaso, más cristiano, más ortodoxo, más conforme a la total sumisión que debemos a la enseñanza de la Iglesia, que profesáramos otra doctrina que la suya, que inventáramos una propia?

Entonces sí se nos podría acusar (y condenar con toda razón) de usurpar el lugar de la Jerarquía, de arrogarnos la misión de doctores —como decía León XIII—, de erigirnos en maestros en el sentido en que se aplica este vocablo al Papa y a los Obispos.

Por cuanto rehusamos jugar a los maestros, no podemos en nuestro plano cívico ser otra cosa que un eco de la sola maestra de Verdad: la Iglesia Católica, y un eco de los solos maestros: el Papa y los Obispos.

No podemos, pues, concebir nuestro trabajo de formación cívica fuera de la obediencia que sabemos se debe a las enseñanzas de la Iglesia.

Lejos de ser una escuela, La Ciudad Católica no se concibe sino yendo a la escuela de la sola Escuela Infalible que existe.

No somos maestros. Somos celadores, somos repetidores, redistribuidores, redifusores.

Nada menos original en este aspecto que La Ciudad Católica. La originalidad que la especifica, en cambio, es ser: *Un cierto método de acción cívica, cierta técnica de formación de cuadros, para el establecimiento de un consenso*

nacional e internacional favorable a la doctrina católica, como principio de vida social y política.

Lo que nos especifica es nuestra negación a dejarnos imponer, por una rutina secular, métodos de acción y estilos de organización que la experiencia ha puesto repetidamente en evidencia como soberanamente impotentes y desastrosamente incapaces.

Si la Iglesia, en el plano del apostolado, trata por todos los medios de adaptarse a las necesidades actuales, será fácil admitir que los ciudadanos (que eso somos) se apliquen a seguir este ejemplo en un plano que es específicamente suyo.

UNA OBSERVACIÓN DE SAN JUAN BOSCO ESCLARECE LA CAUSA DE LA REVOLUCIÓN

Entraré en materia de un modo tal vez un tanto inesperado.

Hojeando escritos de San Juan Bosco (Biografía S. D. B. - B. A. C., Madrid, 1955), encontré (páginas 457-58) la siguiente curiosa observación: "Primeramente, en cuanto a los malos, diré una sola cosa, que acaso parecerá inverosímil, pero es ciencia cierta tal cual la digo: supongamos que entre 500 alumnos de un colegio haya uno de vida depravada; de pronto llega un nuevo alumno, también él vicioso; son de distinta región y provincia, hasta de nacionalidad diversa, están en curso y local distinto, no se han visto nunca ni conocido nunca; pues no obstante, al segundo día de estancia en el colegio, y tal vez a las pocas horas, los veréis juntos durante el recreo. Parece que un espíritu maléfico les hace adivinar quién está manchado de su misma pez, o como un imán demoníaco los atrajera para trabar íntima amistad. El "dime con quién andas y te diré quién eres" es un medio facilísimo de dar con las ovejas sarnosas antes de que se truequen en lobos rapaces. No son para colegios corrientes".

Testimonio de observador tan veraz, experimentado y competente en asuntos pedagógicos no puede ser puesto en duda.

Ahora bien, este testimonio nos pone en presencia de un hecho que ni es difícil observar asimismo entre adultos, ya sea en los episodios corrientes de la vida cotidiana, ya también en los grandes acontecimientos históricos. Cuando el

mal llega a cierto nivel de profundidades de las almas, éstas aparecen dotadas de una agudeza de vista que les permite, a través de indicios que podrán parecer insignificantes para otros, llegar a reconocer de lejos a sus congéneres. A tal agudeza de vista júntase otra peculiaridad: una recíproca atracción que los une rápidamente, en íntima convivencia, a despecho de muchas circunstancias que les puedan separar: diferencia de origen, de edad, etc. Es fácil ver cómo de la conjunción de elementos de tal índole se origina, naturalmente, un grupo y hasta una corriente que funciona como un tumor que destilase veneno.

1) *La unión acentúa las características:*

En la intimidad del grupo fórmase, por la recíproca emulación, un ambiente diametralmente opuesto al ambiente general en que se encuentra.

2) *La acentuación de las características engendra el odio:*

Tal diversidad engendra, necesariamente, antipatía, fricciones, odio contra la mayoría. Tal odio podrá conservarse encubierto por motivos de convivencia, pero en algunos casos (no siempre) la misma necesidad de callar aumentará su virulencia.

3) *El odio concita a la lucha:*

Es una consecuencia forzosa. Quien se encuentra mal en un ambiente, pugna por modificarlo. Y al enfrentarse con obstáculos, pugna por eliminarlos. Si estos obstáculos no se dejaran eliminar pasivamente, darán lugar a la lucha.

4) *La lucha conduce al proselitismo y a la combinación de esfuerzos:*

Es natural que un núcleo de malos no sólo atraiga a sus congéneres por la fuerza de imantación, tan acertadamente

descripta por San Juan Bosco, sino por la tendencia a la expansión, inherente a cuanto es intensamente vivo, así como por la necesidad de reclutar soldados para la lucha, que es como procurar aumentar el número de sus adeptos.

La conjugación de esfuerzos resulta de un imperativo natural, que no requiere explicación alguna.

5) *La permanencia de tales esfuerzos articulados da lugar a una organización:*

También esto es obvio. Elementos ligados entre sí permanentemente, por afinidad profunda de mentalidades, identidad de objetivos e íntima trabazón de esfuerzos, no tardarán en elaborar un sistema ideológico, un programa y una técnica de acción comunes, y a constituir un órgano directivo. En este momento, estará trazado el itinerario que va del hecho elemental de la existencia de algunos "malos" que se intuyen recíprocamente y se ponen en contacto, hasta la formación de una asociación. Oculta como la masonería, semioculta como el jansenismo o el modernismo, declarada como el luteranismo o el comunismo, esta asociación se apresta al combate en todos los terrenos: ideológico, artístico, político, social, económico, etc., para la conquista de sus objetivos. En una palabra, hace Revolución.

La causa motriz de toda esta sucesión de fenómenos es el odio al bien, engendrado por la perversión, cuando ésta alcanza cierto nivel de profundidad.

Insisto en tal aseveración. Y sé que cuando la perversión alcanza tal nivel de profundidad despierta esa misteriosa capacidad de detección y atracción mutuas que San Juan Bosco describe, y que constituyen el punto de partida inicial de toda Revolución organizada. Un gran número de personas simpatiza con los buenos; y si cometen algún pecado, lo hacen con vergüenza y tristeza. De gente así, mientras no caiga moralmente, no ha de recelarse una conjura. En otros,

la perversión llega a atacar a fondo la humildad hasta tal punto, que ocasiona una cínica indiferencia ante el pecado, y hasta una rebelión contra los buenos y el bien. Y no se diga que el ser racional es incapaz de odiar el bien. Huelga recordar aquí los "distingos" que el asunto comporta. Recordemos, sencillamente, que si esto fuese pura y simplemente así, los ángeles malos no habrían odiado a Dios, que es el Sumo Bien. Aparte de esto, tal aversión puede consistir simplemente en una antipatía. Puede ésta, pues, engendrar incomprensiones, fricciones, incidentes, sin por eso dar origen a una conjura o a una lucha, pero existen casos que denuncian un estado de espíritu mucho más agresivo. En tal sentido, el odio de Caín contra Abel me parece característico. Más aún el del Sanhedrín contra Nuestro Señor. Pasando de este hecho excelso a un hecho contemporáneo, ocúrreme una noticia que leí recientemente. En los EE. UU. un grupo de "play girls" agredió a una joven colega, reduciéndola a un estado físico deplorable. Interrogadas por la policía, las delincuentes declararon que no tenían queja personal alguna contra la víctima. La única razón de su actitud agresiva fué que aquélla era tan ejemplar en sus estudios, su comportamiento y su indumentaria, que el mero hecho de su existencia parecía insoportable a las agresoras. Si imaginamos tal estado de ánimo observado, no en unas furias sin inteligencia ni serenidad, sino en personas equilibradas, ponderadas y tenaces, habremos llegado a la conclusión de lo que da origen a una pujante y peligrosa asociación que podrá ocasionar el fin de una era histórica.

Casi todas estas consideraciones son bastante conocidas, al menos analizadas una por una. Pero, en general, éstas se presentan al espíritu confusas y aisladas. Puestas de manifiesto y reunidas dentro de un cuerpo de doctrinas y observaciones, en forma de rasgos coherentes y unidos, entresacamos algo nuevo. Demostraré, en breves palabras, en qué consiste este algo.

Por cuanto recordamos, a lo largo de este estudio han sido puestos en evidencia dos aspectos del mal. Uno engen-

dra la Revolución. Y el otro, en presencia del fenómeno de la Revolución, ¿a qué actitud induce?

Por el mismo principio de atracción del mal por el mal ("simile simili gaudet"), que es la explicación profunda del fenómeno tan agudamente observado por San Juan Bosco, se desprende que el mal más sutil queda atraído, hipnotizado y dominado por el más intenso. Así se explica que las corrientes moderadas de la Revolución nunca luchan seria y duraderamente contra las corrientes extremas. Los girondinos, en el siglo XVIII, los partidarios de la monarquía parlamentaria inglesa en el XIX, los partidarios de Kerensky en el siglo XX, situados frente a la Revolución, acabaron cediendo, una y otra vez, aun cuando lucharan con las armas en la mano contra la misma, y vencieran temporalmente. Así, la burguesía francesa venció a la Comuna de París, y según las apariencias, opuso un dique a la Revolución. Mas enseñoreándose del poder, esa misma burguesía favoreció el desenvolvimiento del proceso revolucionario. Más aún. Puestos entre la Revolución y la Contra-Revolución, los revolucionarios moderados fluctúan, por lo general, tratando de plantear conciliaciones absurdas. Pero, en último término, favorecen sistemáticamente a la primera contra la segunda.

Sin embargo, ¿cómo se explica esto, cuando tantas veces los intereses económicos más patentes y cuantiosos, las distinciones más enorgullecedoras, la formación tradicional más profunda, los motivos de parentesco y amistad más inmediatos y tiernos, habrían de inducir a los "moderados" a aliarse con la Contra-Revolución? ¿Cuántos fueron, en las hileras de los "moderados", los hombres de talento que dispusieron de todos los recursos intelectuales para ver que sus perpetuas capitulaciones les iban arrastrando al abismo, y con ellos a toda su descendencia, y no obstante fueron cediendo sistemáticamente, cual si ese mismo abismo les fascinara fatalmente?

Responder a esta pregunta es explicar la causa más

esencial de las victorias sistemáticas de los extremistas en los procesos revolucionarios, pues éstos fueron siempre, o casi siempre, poco numerosos, poco brillantes o faltos de dinero. Sus victorias, en la mayoría de los casos, fueron debidas a timidez, ceguera, flaqueza y a resignación de los "moderados", generalmente ricos, influyentes, numerosos, e invariablemente a disposición de aquéllos, al preferir todo menos apoyar seriamente las huestes de la Contra-Revolución, generalmente también poco numerosas, pobres, etc.

Sin duda alguna, la inercia y el miedo son características de las clases adineradas, y explican, en parte, este fenómeno. Para nosotros no tiene explicación. Pues, por un lado, no todas las clases ricas son vacilantes y medrosas. Por ejemplo, no adoleció de este defecto la nobleza europea en la época de las Cruzadas y de la Reconquista. Son, pues, las "elites" decadentes las que adolecen de este mal.

Mas el miedo de las "elites" decadentes no lo explica todo. Notorio es que si revelan tener miedo al extremismo revolucionario, también es manifiesto que emiten ideas pasajeras e involuntarias de simpatía hacia dicho extremismo, y de otra parte, en relación con el radicalismo contrarrevolucionario, no manifiestan miedo, sino una antipatía mal velada y sistemática.

Además, esta simpatía y antipatía, tan estables e impulsivas, tienen que desempeñar forzosamente un papel que sería equivocado subestimar, teniendo en cuenta la actitud de los revolucionarios "moderados". Aparte de ello, ¿cómo se explica esa simpatía? ¿A qué obedece? Los "moderados", aparentemente tan apegados al dinero, a la salud y a los placeres del espíritu revolucionario, sólo temen a unos pocos contagios. ¿Será que ellos, en este caso, son idealistas abnegados (claro está, en el mal sentido de la palabra)? Las apariencias dirían que no. Pero los hechos, bien observados, demuestran que éstas lo son en cierto modo, y que ese "idealismo" desempeña un profundo papel en su psicología y actitudes. ¿De qué modo?

El espíritu revolucionario constituye una grave deformación doctrinal y moral. Y esto, a pesar de coexistir, en muchos casos, con costumbres incontaminadas y una indiscutible probidad en los negocios. San Pío X, en la Encíclica "Pascendi", hizo notar este particular en lo que respecta a los modernistas. Quien tenga este espíritu, aunque sea por participación, se incorpora en la misteriosa dinámica del mal, descripta por San Juan Bosco. El espíritu revolucionario, en su forma moderada, si no suscita aquella capacidad de mutuo conocimiento y articulación dinámica, produce un fenómeno análogo, pero más franco. Este fenómeno es una antipatía profunda, aunque discreta y sutil, contra todo lo que se opone a la Revolución. Tal antipatía tiene de particular el hecho de que casi nunca se engaña, y que cualquier manifestación del espíritu Contra-Revolucionario, aunque sutil y velada, la discierne y rechaza, y hasta hostiliza. Es por esto que, sin llegar a tomar la iniciativa de sacrificar sus intereses en pro de la Revolución, acepta, sin más protestas, este sacrificio, y quizá se consuela con ello por el mero hecho de que su profunda antipatía frente a la Contra-Revolución quede satisfecha con los progresos de la Revolución.

El hecho es espantoso. Y sería, incluso, increíble, si no fuese patente en el mundo entero. Cuántas estirpes aristocráticas o burguesas hay, destrozadas y arrojadas por la Revolución, que renuncian a cualquier lucha y viven resignadas y casi alegres, en una situación oscura y casi proletaria, perfectamente integradas en el mundo revolucionario, cuyas víctimas son. Escribiendo esto, pienso en numerosos exilados rusos, y más particularmente en tantos clérigos cismáticos que no se preocupan de otra cosa que de algún acuerdo con el comunismo. ¿Desaliento? En parte, sí. Pero desaliento sin rencor, casi alegre, en el que se ve claramente la sonrisa de una secreta simpatía, quizá subconsciente. De donde bien se ve que no es el interés el que guía a la Historia, y que ésta no es, sobre todo, un gran conflicto de intereses, sino de principios, una lucha entre la Verdad y el Error, entre el Bien y el Mal, la Luz y las Tinieblas.

¿Cuál es el papel del demonio en esta lucha? O, por lo menos, ¿cuál es su acción en el fenómeno descripto por San Juan Bosco?

En el texto citado, el Santo admite claramente, como plausible, la acción preternatural.

Por nuestra parte, estamos persuadidos de que ésta es inmensa. Mas este aspecto del problema no forma parte del tema de este artículo, en el cual hemos querido esbozar brevemente los ribetes psicológicos de orden natural, que operan por sí mismos, más sobre los cuales el demonio puede ejercer influjo y actuar con frecuencia y terrible eficacia, para hacer de los hombres instrumentos y víctimas de la Revolución. de la que él fué el primero —y continúa siendo— factor principal.

PLINIO CORREA DE OLIVEIRA.

Artículo aparecido en "Cruzado Español", nº 55 - 6 de julio de 1960.

UNA EXTRAORDINARIA MUJER ARGENTINA

Un prodigio semioculto, sólo conocido vagamente por los más, es, sin embargo, en nuestra historia el prototipo de la virtud heroica, del desprendimiento total, de la entrega sin reservas, del tesón puesto al servicio de la reforma de la sociedad, de la caridad más ardiente. En estricta justicia, sólo una designación le corresponde: la que señala el título más prominente al que el ser humano puede aspirar: santo.

Pero no fué un hombre, sino una mujer la elegida por Dios para que en su debilidad se reflejara Su fortaleza y para que quedase como sublime paradigma de las virtudes, de las tradiciones y de la fe valerosa de una estirpe que en vano se ha pretendido subestimar.

En 1730, "la ciudad de Santiago del Estero la ve nacer como una flor peregrina en medio de su campaña árida e inculta: la ve descollar como la palma lozana entre sus pequeños y tristes arbustos. Su alma despliega, desde luego, por unas potencias felices. Entendimiento despejado, memoria tenaz de las máximas de la religión, voluntad pronta a amar al Criador desde que le conoce, habitan un cuerpo proporcionado, un rostro hermoso, insinuante, pero modesto; agradable, pero majestuoso. Todo anuncia una niña criada para grandes empresas... Macera en ayunos diarios y rigurosos un cuerpo herido al golpe de la sangrienta disciplina y con la opresión del cilicio; y angustia su corazón con vehementes deseos de la salvación eterna de sus prójimos". A los quince años hace votos, sin pertenecer a ninguna orden regular, y viste el hábito de San Ignacio de Loyola, la que más

tarde sería llamada por su pueblo con veneración Mamá Antula, y a quien hoy se recuerda como la Beata de los Ejercicios: Sor María Antonia de la Paz y Figueroa o Sor María Antonia de San José.

Pocos años hacía que, por disposición de Carlos III, habían sido expulsados los jesuítas del Río de la Plata.

No sin divina inspiración advierte Sor María Antonia el efecto tremendo que produce la falta de aquellos Ejercicios Espirituales Ignacianos, verdaderos transformadores de la vida de los pueblos, y de los cuales salen las almas "arraigados y edificados en Cristo" (a los Colosenses, II-7).

Y comienza entonces su acción sobrehumana, su proeza no igualada.

Promueve tandas en Santiago, y otra vez el hálito de la gracia vivifica sus costumbres decadentes.

De allí, a pie desnudo, se lanza a empujar a los pueblos, a hombres y mujeres, a pobres y poderosos, a la maravillosa práctica.

Donde otros fracasan, ella triunfa. Es que en nada humano se apoya. Su cuerpo, mortificado de manera increíble, el hábito desgarrado en los duros caminos, los pies dejando una huella de sangre en la inimaginable travesía de Santiago a Soconcho, Salavina, Silípica, Salta, Jujuy, otra vez Salta, Tucumán, Catamarca, La Rioja, Córdoba y Buenos Aires, no le daban ni el natural adecuado que dijera de la grandeza de su misión. En Buenos Aires la llaman bruja, loca y fanática cuando la ven llegar tan miserablemente, y no pocos creen que es un jesuíta disfrazado. Pero no es su impulso vital el que convence; es en ella la Vida Divina que pasa sin trabas y se transmite a los demás.

Dice el Padre Perdriel en la Oración Fúnebre: "Cuando su consideración huye de los médanos y bosques de Santiago, no por esto halla su alma las delicias que busca, ni en los fértiles sotos del Tucumán, ni en los amenos valles de Córdoba, ni en la vasta y rica campaña de Buenos Aires. Para un bueno, para un justo que se halla, están a su frente mil pecadores endurecidos. La cizaña ha ganado, ha sofoca-

do todo el trigo. Pero donde le parece que más se ha propagado es en las ciudades. Cuanto más grande y más civilizada, más lujo, menos recato, más repetidos los escándalos. Las riberas del Nilo no congregan tantos ni tan formidables monstruos. En ellas el hinchado orgullo, la cruel avaricia, la podrida lascivia, la ira frenética, la gula brutal, la baja envidia, la pereza, fecunda en vicios, minan más de un corazón, tiranizan muchas almas. Entretanto, en todas partes es ofendido un Dios eterno; un Dios justiciero no se teme, a un Dios bienhechor nada se agradece, a un Dios buen amigo nada se comunica, a un Dios por infinitos títulos amables no se ama".

A este golpe de reflexiones su corazón se conmueve, se agita, se exalta y prorrumpe en una resolución tan grande como inesperada: "Yo iré —dice ella— (como cada uno de los fieles domésticos de David a vista de las injurias con que le hería Semeí). Yo iré y cortaré la cabeza de esos monstruos espeluznantes que se atreven a mi Dios, a mi Señor, a mi adorado Rey; yo pondré un dique al torrente de los vicios que quieren inundarlo todo. Yo misma seré una columna de hierro, un muro de bronce al frente de los enemigos de mi Criador. ¿Qué será capaz de acobardarla? No la debilidad de mi sexo. No la escasez de mis luces. Acaso mi flojedad y mi ignorancia harán repetirse el prodigio de que lo más flaco y lo más estulto confunda lo que el mundo tiene de más robusto y de más sabio. No me atajará la falta de auxilios temporales. Dios, cuya gloria solicito, abrirá los senos de su providencia: Alimentará abundantemente, y como de añadidura, los que buscan su reino; ¿Qué es lo que piensas, mujer extraordinaria? ¿A dónde vas? Detén el paso, aguarda un poco: Mira bien el tamaño de la empresa, que vadear ríos caudalosos, que transitar campañas desiertas y dilatadas, arenales, páramos, bosques, abrigo de foragidos y asesinos. El hambre, la sed, la desnudez, los elementos desatados saldrán muchas veces a aniquilar tu cuerpo, a consternar tu ánimo. Si vences estos obstáculos, otros mayores probarán tu resolución y tu constancia. Prelados celosos, je-

fes vigilantes, sacerdotes instruídos, a pesar de sus luces y piadosas intenciones, dudarán de las tuyas: Que la devoción extremada suele ser el escollo de tu sexo: que una piedad singular ha sido ya el juguete de la soberbia, de la ilusión, del descrédito de la virtud: que el interés y la hipocresía se disfrazaron más de una vez con el exterior de la religión. Estas reflexiones, ni siempre erradas, ni siempre infalibles, pero frecuentemente arriesgadas, serán las primeras que ocurran a tu aproximación, a vista de tu traje, a la noticia de tu pensamiento. Los nombres de ilusa, de imprudente, de soberbia, de intrusa en el ministerio de salvar a tus prójimos serán frecuentes en los labios del vulgo, y vulgo hay en los cuerpos más distinguidos. Señores míos, ¿a qué nos cansamos? Nada de esto desanima a un corazón generoso: al contrario, las dificultades que se le presentan aumentan su valor y realzan el mérito de la empresa. La de María Antonia está concebida, meditada; su origen es la humildad y el amor de sus hermanos; su fin, la gloria de Dios. No temáis, pues, que la previsión de los trabajos arredre un espíritu, que se fortificará en los padecimientos. La gracia del Señor vencerá imposibles, la Providencia Divina suministrara medios, y un pensamiento heroico logrará una feliz, una cumplida ejecución".

Y tal es. Más de sesenta tandas en Tucumán, decenas en Córdoba, en La Rioja. Cuatro años han bastado en Buenos Aires para que se sumen 15.000 ejercitantes. La fundación de la Santa Casa de Ejercicios, la reforma de las costumbres y no pocos hechos extraordinarios —curaciones, multiplicación de la comida, etc.— son testimonio irrefutable de ello.

Expresa Perdriel: "Ahora mismo dirá el humilde campesino: murió la Madre. Dios le pague su caridad. Por ella es que comencé a conocer a Dios; en su casa tomé aborrecimiento al pecado y el gusto a la vida cristiana. ¡Mujer santa! Murió la madre santa, dirá reflexivo el hombre de negocios. ¡Dios Santo! Por ella ordené yo las cuentas, que temblando han rendido, aun los justos, al acreedor eterno. ¡Mujer

útil! Allí fué, dirá la dama de placeres, donde yo advertí que los compraba al caro precio de llamas sin fin, y que la mortificación de que me dió ejemplo es el firme antemural de la inocencia. ¡Mujer penitente! Allí fué, dirá la doncella, donde yo me desenredé de unos lazos que me arrebataban a la perdición, donde vi el primer simulacro de santidad. ¡Mujer virtuosa! Allí fué, dirá el joven aturdido, donde yo recordé el sueño de los vicios y conocí que mi locura había llegado hasta el extremo de creerme seguro en la orilla misma del precipicio... Murió la madre beata, dirán los magistrados, y santas iglesias, los cleros y sus Prelados, el negociante y el artesano, el noble y el plebeyo, el grande y el pequeño. Murió la madre beata, gritará un clamor triste desde la embocadura del Río de la Plata hasta la garganta de los Andes, y el concepto general, que raras veces se engaña, ejecutará a la lengua para que pronuncie que se llevó Dios una mujer heroica, que arrebató la admiración más reflexiva; mujer piadosa por su virtud, mujer de espíritu por su fervor, útil por sus empresas, necesaria por su rara constancia en ejecutarlas, apostólica por su celo de la salvación de las almas, y para acabar con un solo golpe de pincel todo el retrato, usurparán la expresión lacónica pero valiente de un historiador sagrado para decir que la señora beata María Antonia de San José fué como la heroína de Betulia por todos titulos famosísima".

Tal vez la Providencia Divina quiso que quedara en suspenso en Roma la causa de beatificación de esta mujer extraordinaria hasta que llegara el momento oportuno en que el ejemplo de sus virtudes fuese sostén de su pueblo.

El liberalismo nos enseñó a no tener tradiciones, a creer en una Patria nacida por generación espontánea, con ídolos que las más de las veces son la caricatura de la virtud. Hoy los pedestales de barro que él mismo amasó para elevarlos amenazan ruina. Pero también por su obra amenazan ruina los valores trascendentales de la argentinidad, de las cuales Sor María Antonia fuera arquetipo.

Ninguna ocasión, pues, tan propicia como ésta para pe-

dir al Señor se digne obviar todos los obstáculos y para que ya a la pública consideración, en la gloria de los altares, promueva en su patria el heroísmo, la prudencia y la sabiduría de su fe.

Buenos Aires, como hace más de dos siglos, vuelve a conocer la alegría de las conversiones a través de los Ejercicios Ignacianos, las lágrimas de resurrección del hombre nuevo, el resurgir de hombres de Cristo.

Ningún medio como éste para evitar aquí y en el mundo la catástrofe que se avecina. Nada más adecuado que los Ejercicios de San Ignacio para hacer hombres de oración y con espíritu de penitencia: única tarea que en Fátima se dió al género humano para evitar horrores sin cuento.

Sor María Antonia dió su ejemplo y dedicó su vida para extender su práctica. Y consiguió prodigios. Un día, dice un americano, me encontraba en compañía del Sr. Obispo, y le oí proferir estas palabras: "Si María Antonia supiese el gran bien que hace con los Ejercicios Espirituales, sólo respecto al matrimonio enderezando los desórdenes y las costumbres viciosas, jamás querría dejar de continuarlos y extenderlos".

Con su sacrificio promovió el bien de sus contemporáneos y cimentó la grandeza moral de su patria.

Rindan hoy, pues, su homenaje a tan excelsa compatriota todos los argentinos conscientes: edificando por medio de los Santos Ejercicios en sus corazones la Ciudad de Dios, para después construir todos, sin cobardías, la Ciudad Católica.

PASTORAL SOBRE EL CONGRESO MARIANO

ANTONIO DEL TITULO DE SAN LORENZO IN PANISPERNA,
PRESBITERO CARDENAL CAGGIANO POR LA GRACIA
DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA
ARZOBISPO DE BUENOS AIRES Y PRIMADO
DE LA REPUBLICA ARGENTINA

Al Excmo. Sr. Deán e integrantes del Cabildo Eclesiástico, a los Sres. Curas Párrocos, al Clero Diocesano y Regular, a los Religiosos y Religiosas, a la Acción Católica, Instituciones de Apostolado y a todos los fieles de nuestra Arquidiócesis, la gracia y la paz de N. S. Jesucristo.

Estamos ya casi en vísperas de la apertura del Primer Congreso Mariano Interamericano, a celebrarse en nuestra ciudad de Santa María de los Buenos Aires.

Es acontecimiento de singular importancia para nuestra República y para todas las repúblicas del continente americano.

Se trata de honrar y glorificar a la Madre de Jesucristo N. S., Verbo de Dios Encarnado, ya que por Ella nos fué dado el Redentor del mundo, Engendrado por el Padre en su naturaleza divina y eterna, fué engendrado en el tiempo por María, en su naturaleza humana y en la unidad personal del Hijo de Dios.

En la Ssma. Virgen María se realizó, pues, el milagro

del amor y de la reconciliación entre la humanidad y Dios. En Ella florecieron todas las aspiraciones humanas hacia Dios, y a Ella descendió el Infinito Amor para asumir el Hijo de Dios la naturaleza humana en su seno virginal, reconciliando el Cielo con la tierra y elevando la naturaleza humana a la dignidad más excelsa en Jesucristo, como había sido elevada toda la creación en la unidad con el espíritu, en el hombre.

María, Madre nuestra

Madre de Jesucristo, y por eso también Madre nuestra: Madre natural, en el orden físico, del Verbo de Dios encarnado; Madre espiritual, en el orden sobrenatural, de todos los redimidos. Jesús resucitado ascendió a los Cielos, y allí, como Hombre-Dios está en la gloria del Padre, siempre viviente para interceder por nosotros.

Pero Él se quedó también con nosotros, aquí en la tierra, en forma admirable, pero no menos real.

Nos redimió entregándose como nuestro precio y rescate en la cruz, pero incorporándonos a Él, en la unidad vital de su gracia en su Cuerpo Místico, en la Vid que es Él y en la cual nosotros somos los sarmientos que vivimos unidos a Él, siendo nosotros sus miembros.

Por lo cual, siendo la Inmaculada Virgen María Madre de Jesús, Cabeza del Cuerpo Místico, lo es también de todos y cada uno de sus miembros.

Es, pues, Madre de Jesús, el Hombre-Dios, corporalmente; y es Madre de todos y cada uno de los miembros de su Cuerpo Místico que es la Iglesia, espiritual y sobrenaturalmente.

María. Madre de la Iglesia

Le debemos, pues, honor y alabanza. gratitud y veneración en una confianza filial sin límites, que conoce y siente que así como nuestras madres de la tierra fueron los cora-

zones que más nos amaron, sin desampararnos jamás, así también la Madre del Cielo, dentro de la Comunión de los Santos, es Quien más nos ama y Quien más intercede por nosotros, no desamparando jamás a ninguno de sus hijos.

Pero hay más, mucho más. Por ser Madre del Cuerpo Místico, al cual San Agustín llamaba con acierto y profunda razón "plenarium Corpus Christi", "el Cuerpo completo de Cristo", la Inmaculada Virgen María es Madre de la Iglesia, ya que ésta es el Cuerpo Místico de Jesús.

Maternidad espiritual y sobrenatural, pero verdadera y real que ejerce María con la invisible pero eficaz intervención que le corresponde, en el misterio viviente de Jesús, que es la Iglesia. En ella, todos y cada uno de sus integrantes tienen una actividad vital propia y proporcionada a sus funciones, que reciben de Jesucristo, que es su cabeza o su centro vital esencial, y en el cual está la plenitud de la gracia y de la vida sobrenatural.

Como en todo organismo viviente, hay en éste que es la Iglesia una comunión de vida y de actividades vitales entre todas sus partes.

La Iglesia es una sola, y está constituída por todos nosotros que militamos en este combate de la vida terrestre; por nuestros hermanos que nos precedieron en la fe y que ya llegaron al puerto de término de la eternidad feliz; y por los que terminaron su peregrinación, pero están detenidos ante las puertas de la gloria que conquistaron, hasta purgar las penas de sus pecados. Pero todos viven la vida de Jesús, alimentados por la savia común de la vid que es Él, recibiendo vida y actividad y comunicándolas entre sí para bien de todos en la unidad de la Iglesia.

La comunión de los Santos

Creo en la comunión de los Santos, quiere decir: creo en la comunión, en la comunicación de los méritos de Jesucristo con todos los miembros de su Cuerpo Místico santifi-

cado por Su gracia; creo en la comunión de los méritos, de los sacrificios, buenas obras y oraciones entre todos los cristianos militantes; entre éstos y los detenidos en la Iglesia purgante, a quienes podemos ayudar a pagar sus deudas; creo en la comunión de las oraciones de todos los justos de la Iglesia triunfante que en el cielo ruegan por sus hermanos de la tierra.

En el cielo, pues, está Jesús, siempre viviente para rogar por nosotros. Después de Él, la primera entre todos los Santos, la Inmaculada Virgen María, la Madre de la Iglesia, como Jesús, vive también para rogar por todos y cada uno de nosotros, por la Iglesia que es el Cuerpo Plenario de Jesús.

María Auxiliadora y Defensora de la Iglesia

María es, pues, la Auxiliadora y Defensora de la Iglesia. No es un simple título honorífico, sino que es definición de su naturaleza misma en uno de sus aspectos más recónditos y entrañables, más misteriosos y efectivos, más reales y afectivos de su carácter y misión de Madre de la Iglesia.

Su nombre terrenal era María; pero cuando el Arcángel S. Gabriel vino a anunciarle su maternidad divina, la llamó con un nombre que definía no una condición o una virtud de su persona, sino la naturaleza trascendente y predestinada de su misión. No le dijo: Dios te salve, María; sino: Dios te salve, "llena de gracia". Esa era entonces la definición esencial de su ser y de su misión; "La llena de gracia", en el sentido completo y superior, espiritual y sobrenatural de gracia santificante y transformante en su plenitud de habitual y actual.

Pero apenas hubo dado su consentimiento con el "hágase en mí según tu palabra", se encarnó el Verbo de Dios en su seno virginal; y "La llena de gracia" fué la "Madre de Dios", "la Madre de mi Señor", como la saludó Santa Isabel.

Porque es la Madre de Nuestro Señor y Dios, Jesucris-

to: por eso es también la Madre de la Iglesia, su Auxiliadora y su Defensora por oficio y por misión, que le corresponde en el Reino de Dios.

La historia de la Iglesia, desde su nacimiento, a través del tiempo y del espacio, comprueba y confirma la realidad y eficacia de esta Misión defensora de su Madre. La supervivencia permanente de la Iglesia en una lucha incesante, frente a las oposiciones y obstáculos externos e internos, es un milagro permanente de la gracia de Dios, de la omnipotencia de Jesucristo, pero asimismo de la intercesión de la Santísima Virgen María.

Los intentos más peligrosos de destruir a la Iglesia no fueron las persecuciones sangrientas de sus enemigos, sino las negaciones sistemáticas de sus verdades reveladas, que son el fundamento doctrinal de su misma vida.

En las persecuciones sangrientas, como en los ataques doctrinales, la Iglesia recurrió siempre a la intercesión de María, y en Ella encontró aliento para resistir, inspiración para combatir y seguridad de la victoria.

La Iglesia frente al comunismo

La Iglesia ha resumido la experiencia histórica de su vida con estas palabras: "Tú sola, ¡Oh María!, derrotaste todas las herejías del mundo".

Así fué y así será siempre. Ahora también será así frente al comunismo materialista y ateo, frente al comunismo anti-teísta. Éste no solamente desconoce a Dios, sino que intenta destruir en la conciencia de los hombres la convicción de la realidad de Dios como fuente de toda razón y justicia; del concepto de obligación moral y del derecho natural, basados en el ordenamiento de la conciencia humana, establecido por Dios y conocido, en el orden natural, a la luz de la razón. Más aún: intenta destruir la fe en Dios, fundamentada en su revelación que confirma la Ley y el derecho natural con el Decálogo y lo perfecciona con la doctrina evangélica, señalando al hombre no sólo los deberes que le co-

rresponden como criatura de Dios, sino como hijo suyo, ya que, por la gracia de Jesús, ha sido elevado a esa altísima dignidad en que los derechos humanos asumen caracteres sagrados, por ser derechos de hijos adoptivos del mismo Dios.

El comunismo es intrínsecamente perverso

En su Encíclica "Divini Redemptoris", sobre el comunismo ateo, S. S. Pío XI lo denunció como "intrínsecamente perverso", añadiendo que "no se puede admitir que colaboren con él, en ningún terreno, quienes desean salvar la civilización cristiana".

Para comprender la profunda significación de esta denuncia será suficiente recordar la exposición que S. S. Pío XI hace de la doctrina fundamental del comunismo.

Materialismo evolucionista de Marx

"La doctrina, que el comunismo oculta bajo apariencias a veces tan seductoras, se funda hoy esencialmente en los principios del materialismo, llamado dialéctico e histórico, ya proclamado por Marx, y cuya única genuina interpretación pretenden poseer los teorizantes del bolchevismo. Esta doctrina enseña que no existe más que una sola realidad, la materia, con sus fuerzas ciegas: la planta, el animal, el hombre, son el resultado de su evolución. La misma sociedad humana no es sino una apariencia y una forma de la materia, que evoluciona del modo dicho, y que por ineluctable necesidad tiende, en un perpetuo conflicto de fuerzas, hacia la síntesis final: una sociedad sin clases. En semejante doctrina es evidente que no queda ya lugar para la idea de Dios: no existe diferencia entre el espíritu y la materia, ni entre el cuerpo y el alma; ni sobrevive el alma a la muerte, ni, por consiguiente, puede haber esperanza alguna de otra vida. Insistiendo en el aspecto dialéctico de su materialismo, los comunistas sostienen que los hombres pueden acelerar el

conflicto que ha de conducir al mundo hacia la síntesis final. De ahí sus esfuerzos para hacer más agudos los antagonismos que surgen entre las diversas clases de la sociedad; la lucha de clases, con sus odios y destrucciones, toma el aspecto de una cruzada por el progreso de la humanidad. En cambio, todas las fuerzas, sean las que fueren, que se oponen a esas violencias sistemáticas, deben ser aniquiladas como enemigas del género humano".

Estamos, pues, frente a la antítesis total de la Iglesia; frente "a una lucha fríamente intentada y arteramente preparada por el hombre contra todo lo que es divino".

La Iglesia no calló nunca

"Frente a la amenaza del comunismo, la Iglesia nunca calló". Bien lo hizo notar S. S. Pío XII, recordando que su predecesor Pío XI pronunció una solemne condenación de la "nefasta doctrina del llamado comunismo, tan contraria al mismo derecho natural, la cual, una vez admitida, llevaría a la radical subversión de los derechos, bienes y propiedades de todos y aun de la misma sociedad humana".

S. S. León XIII lo definía: "mortal pestilencia que serpentea por las más íntimas entrañas de la sociedad humana y la conduce al peligro extremo de la ruina".

En cuanto a la denuncia solemne y monumental hecha por S. S. Pío XI el 19 de mayo de 1937, que no solamente señaló la génesis y esencia del comunismo, sino su peligro grave y universal, indicando la opuesta y luminosa doctrina de la Iglesia y la conjunción de recursos y medios de defensa, ella será el testimonio de la advertencia más autorizada hecha a las naciones del mundo occidental, a sus instituciones y a sus hombres, a todos nosotros los que constituímos e integramos la Iglesia, sobre este peligro tremendo y universal; ella nos hará inexcusables ante la historia por la falta de unión en las ideas y principios, en las actitudes necesarias de enfrentamiento y en la decisión de oponerse al peligro mortal que nos amenaza.

Éstos no son momentos para luchas y divisiones intestinas entre conciudadanos y entre naciones hermanas; ni para dispersar la atención y las actividades en conquistar mercados económicos con maniobras en detrimento de otros pueblos; no son momentos de acumular riquezas a costa del salario de los trabajadores; ni de postergar la solución de los problemas que afectan a la inmensa mayoría de nuestros pueblos y de nuestros trabajadores por el egoísmo que no se aviene a disminuir ganancias y dividendos. Son momentos de graves, inminentes y comunes peligros, que obligan a todos a reflexionar en la necesidad de unirnos en la revisión de nuestras actitudes frente al comunismo, que acecha y espera el momento de dar su zarpazo definitivo.

Nuestras actitudes mentales

Debemos rever y modificar nuestras actitudes mentales frente a una doctrina y a una mística que no será vencida por la fuerza, sino por otra doctrina y otra mística que es la del espíritu, reconociendo, en el orden puramente racional, al menos los valores espirituales, comenzando por la realidad de Dios, fuente de toda razón y justicia. Ésta es la base de unión absolutamente indispensable frente al comunismo, y en ella caben los que admiten su existencia real con todas sus consecuencias morales y religiosas de orden natural; y todos los creyentes que admitiendo la Revelación de Dios en el orden religioso, le adoran y le aman como a Padre y le acatan y obedecen como Legislador Supremo.

Ante el peligro común, mantener las viejas repulsiones, fobias y antipatías con la Iglesia, como pretexto para repudiar la unión, sería crimen de lesa humanidad.

Nuestras actitudes morales

Debemos rever y modificar también nuestras actitudes morales. Debe primar en nuestra vida el imperio y el sen-

tido de justicia, primero y ante todo, con Dios; y luego con el prójimo, en un amor sincero y leal. Quien admite, a la luz de la razón, la existencia del Creador y Ordenador Supremo como la Realidad Primera, no puede ser indiferente ni con Él ni con el prójimo: debe amarlos y servirlos; debe ser justo con ellos. ¿Y qué decir de los que le conocen como a su Dios y Padre por la Revelación? ¿Qué decir de los cristianos y de los católicos, que deberían ser testimonios vivientes de Dios y de Su Cristo, de la gracia que se nos da para vivir una vida de santidad y de amor?

Es menester y está a la vista que debemos rever nuestras actitudes morales, modificando nuestra manera de vivir; hay que hacer penitencia, en el sentido primigenio del concepto; modificar nuestra mentalidad y las actitudes de nuestras vidas.

El mal inmenso del ateísmo teórico

El ateísmo, en el orden teórico, siempre fué un inmenso mal. Comenzó siendo teórico: nunca faltó en los centros superiores de estudios, como lo atestigua la historia de la filosofía. En los tiempos modernos se insinuó con la duda sobre el valor objetivo de las ideas generales y de los principios, para llegar luego, con Kant, a la afirmación de la imposibilidad de demostrar su existencia real por vía racional, y terminar con la negación absoluta que dedujeron sus discípulos y secuaces.

Es inmenso mal, porque la vida práctica, en el hombre, responde a sus ideas. Partiendo de la negación teórica de Dios, lógicamente se llega hasta las consecuencias prácticas más inverosímiles como lo ha hecho el comunismo.

Los errores no se cometen jamás impunemente. Las consecuencias son tanto más graves cuanto mayor relación real tengan con los errores en que se fundamentan y de los cuales son lógicas consecuencias. De ahí la inmensa responsabilidad de quienes fueron y son factores de enseñanzas filosóficas cuyas consecuencias lógicas fueron y son realizadas

en el orden práctico con tan nefastas consecuencias y peligros para el mundo.

El mal horrendo del ateísmo práctico

Pero hay otra forma de ateísmo, no menos desastrosa, en sus consecuencias, que el teórico. Es la negación práctica de Dios con una vida que no responde ni a la realidad de Dios conocida con la sola luz de la razón, ni tampoco a la creencia en Dios que se funda en Su Revelación conocida teóricamente y negada en la práctica de una vida de injusticias y de desórdenes morales que no le da a Dios el respeto, adoración, obediencia y amor que le corresponden, ni al prójimo el respeto a sus derechos y la ayuda en sus necesidades; en una palabra: es la negación de Dios en el orden práctico de la vida con la desobediencia y el repudio de su Ley natural y también de su Ley Revelada.

Esta negación práctica de Dios es un mal que llega a ser horrendo cuando es visible y público, porque "si las palabras mueven, los ejemplos arrastran"; si las enseñanzas pueden inducir a error que se traduce en conformidad de vida, los malos ejemplos empujan al mal que se ve realizado.

Mal y pecado será siempre esta forma de ateísmo práctico, que en estos momentos de peligro adquiere caracteres siniestros que entenebrecen aún más el panorama.

Todo pecado, aun los privados, contribuyen siempre a desquiciar las conciencias de quienes lo cometen y el orden social. Cuando se peca contra Dios, se peca también contra la sociedad en que se vive; contra la propia familia, contra la Patria, contra la Iglesia. Hay que recordar que también se peca contra el linaje humano, contra la humanidad.

Lo trágico frente al comunismo

Lo trágico es que mientras el comunismo fundamenta su programa de invasión y destrucción universal en el ateísmo teórico, con la negación de Dios y de todos los valores

espirituales, en la entraña misma de nuestros propios países difunden el ateísmo práctico, con su vida de desobediencia a la Ley natural escrita en las conciencias por Dios y conocida a la luz de la razón, muchos de aquellos mismos que afirman teóricamente su realidad; muchos que reconocen la Revelación y el Decálogo; muchos creyentes en el Evangelio y en Jesucristo N. S.; muchos cristianos y muchos católicos que no solamente restan su esfuerzo a la defensa común, sino que con su actitud precipitan los acontecimientos hacia el abismo.

Lo trágico es que, comprendiendo el comunismo que la concepción de nuestra vida y civilización se basa en el concepto del derecho natural, de la obligación moral y de la justicia radicados en el ordenamiento establecido por el Creador y Legislador Supremo, niega en absoluto la realidad de Dios, intentando desterrar y destruir tal convicción y tal creencia; mientras frente al comunismo, en nuestros países, no se percibe como valor esencial ni la convicción ni la creencia en Dios, dejándola prácticamente fuera de los programas de formación moral de la niñez y de la juventud o negándola en las universidades a pesar de la tradición histórica nacional y del derecho de las familias y de la Iglesia.

Lo trágico es que el ataque y la negación comunista es a la raíz misma del árbol, a los fundamentos de la estructura social, familiar y de la concepción de vida y civilización cristianas; mientras que la defensa sólo atina a defender la rama principal y la pared maestra, cometiendo un error de apreciación que nos llevará a la ruina.

Lo trágico es que mientras el comunismo intenta destruir la concepción del ordenamiento esencial destinado a encaminar al hombre a su fin último, en la defensa apenas se atina a señalar como punto de unión, frente al enemigo, la defensa de la libertad, que no es el fin supremo de la vida, sino el medio de encaminarla a sus destinos.

Lo trágico es que, siendo el comunismo la negación absoluta de todos los valores espirituales de la civilización cris-

tiana del mundo occidental, de hecho su defensa principal se apoya prevalentemente en la fuerza material.

Lo trágico es que, siendo el comunismo un ataque y un peligro universal que amenaza destruir nuestra concepción de vida y civilización y las estructuras institucionales de las naciones no sometidas a su imperialismo, éstas hasta ahora no han podido llegar a la unidad para su defensa integral.

Los aliados del comunismo

Es, pues, evidente, y debemos proclamarlo para dejar bien establecidas nuestras responsabilidades, que: todo cuanto se hace o se deja de hacer, en el orden natural y puramente racional, para debilitar o desterrar la convicción de la existencia y realidad de Dios como fuente de toda razón y justicia, abre de par en par las puertas al comunismo y traiciona, en estos momentos de peligro, la causa de todos los pueblos libres del mundo.

Con mayor razón vale lo dicho cuando se trata del orden sobrenatural de la Fe: todo cuanto se hace o se deja de hacer para impedir la formación en la fe cristiana, para debilitarla o suprimirla en las conciencias, conspira contra los fundamentos insustituíbles del derecho natural, de la justicia, de la fraternidad y de las libertades legítimas de la persona humana, de la familia, de la sociedad civil y de la Iglesia, cuya base está en la realidad de Dios como Creador, Ordenador y Padre del linaje humano.

Los remedios

Los remedios frente al peligro del comunismo fueron ya magistralmente señalados por S. S. Pío XI en su Encíclica ya citada. Son múltiples, como así también las instituciones que deben concurrir para ponerlos en acción armónica y conjunta.

S. S. Pío XI certeramente señaló, como los primeros de

todos, la renovación de la vida cristiana, el desprendimiento de los bienes terrenos, la Caridad cristiana, el cumplimiento de los deberes de estricta justicia y de la justicia social; señaló las insidias del comunismo para precaver a los incautos y a los mismos católicos del peligro de colaboraciones astutamente solicitadas por quienes buscan su ruina.

Finalmente recomendó, como último y poderosísimo remedio, la oración y la penitencia con palabras admonitorias: "Tampoco podrá ser vencido el mal que hoy atormenta a la humanidad sino con una santa y universal cruzada de oración y penitencia".

Pidió a todos los Obispos del mundo, y por ellos a todos los sacerdotes y fieles; a las órdenes contemplativas, que redoblaran sus súplicas y sacrificios "para impetrar del cielo una poderosa ayuda a la Iglesia en las luchas presentes, con la poderosa intercesión de la Virgen Inmaculada, la cual, así como un día aplastó la cabeza de la antigua serpiente, así también es hoy segura defensa e invencible Auxilio de los cristianos".

María, Madre de la Iglesia, es su Auxiliadora y Defensora

Ésta es la razón profunda de nuestro Primer Congreso Mariano Interamericano. Ante el Altar de Dios, junto al trono de la Madre de Jesucristo Nuestro Redentor, la cual es Madre de la Iglesia y nuestra Madre en el orden espiritual, pregonando y cantando sus alabanzas tomaremos conciencia de nuestras graves responsabilidades frente al peligro del comunismo que amenaza a todo el mundo.

Cuántos ciegos que pudieron ver claramente la realidad siniestra del comunismo después de la luminosa denuncia de S. S. Pío XI permanecieron ciegos hasta ahora.

La Iglesia quiere iluminar sus conciencias en estos momentos aciagos en que ya comenzó el ataque visible a nuestro continente, actualizando las enseñanzas de S. S. Pío XI, levantando por fin y haciendo tremolar los pendones de Dios

en torno a los cuales podemos unirnos todos los que debemos defender. con la espada de dos filos que es la verdad, en la unidad de una misma doctrina en el orden racional y de uno misma Fe en el orden religioso, el patrimonio de nuestra civilización cristiana.

Todas las repúblicas del continente americano estarán representadas en este Primer Congreso Mariano Interamericano, y en todos sus Templos, Iglesias y Capillas se ora por nuestra unidad en la defensa frente al comunismo.

Como preparación inmediata de nuestra ciudad al Congreso, ordenamos que en los días 6, 7 y 8 de noviembre se celebre en todas las Parroquias, Iglesias, Capillas públicas y semipúblicas un Triduo, con exposición y bendición solemne con el Santísimo Sacramento, dedicado a la Ssma. Virgen, en el cual se implore su intercesión y se disponga a los fieles para celebrar y concurrir al Congreso. En esos tres días se expondrán los tres temas teológicos del Congreso, a saber: María Madre del Verbo Encarnado; María Madre de la vida cristiana, y María Madre de la Iglesia.

Rogamos que durante el triduo se dé a conocer el programa del Congreso y se invite a los fieles, en nuestro nombre, a la participación de sus actos, muy especialmente a la recepción del Emmo. y Rvdmo. Sr. Cardenal Legado de S. Santidad Juan XXIII, a los actos del Altar monumental, a la concentración de hombres y Misa de Comunión en Plaza de Mayo en la noche del sábado 12 de noviembre, y al acto final de clausura el domingo 13 por la tarde, en que desde la Parroquia del Pilar acompañarán los hombres, en solemne Procesión, a la venerada Imagen de la Ssma. Virgen de Luján hasta el Altar monumental, en que será clausurado el Congreso con la palabra de nuestro amado Santo Padre S. S. Juan XXIII.

Dígnese Dios N. S., por los méritos infinitos de nuestro Redentor Jesús y por la intercesión de Su Ssma. Madre la Virgen María, bendecir y hacer fecundas todas las tareas de este Primer Congreso Mariano Interamericano para que reine la justicia y la paz en América y en el mundo.

Esta Carta Pastoral deberá ser leída en todas las Parroquias, Iglesias, Capillas públicas y semipúblicas de la Arquidiócesis en todas las Misas que fuere posible del domingo 6 de noviembre, dándole la mayor difusión.

Dada en Buenos Aires el día 1º de noviembre, festividad de todos los Santos, del año del Señor de mil novecientos sesenta.

ANTONIO CARDENAL CAGGIANO
Arzobispo de Buenos Aires

Por mandato de Su Emcia. Rvma.
JOSÉ M. MEDINA
Secretario-Canciller

CUPÓN DE SUSCRIPCIÓN

Sr. Administrador de VERBO
Córdoba 679, esc. 710.
Capital

El que suscribe .....

domiciliado en .....

..... tiene el agrado de remitir a Ud. la cantidad

de $ .....

.....

.....

.....

Firma

Suscripción a 6 números: Argentina $ 70.— m/n. Exterior 1.— dólar
Suscripción extraordinaria: $ 500.— m/n. o 6 dólares
Precio del ejemplar: Rep. Argentina: $ 12.— m/n. Exterior 0,20 dólar

Cheques y giros a la orden de LA CIUDAD CATOLICA
Córdoba 679, esc. 710, Buenos Aires, Argentina

Correo Argentino
Central B

TARIFA REDUCIDA
Concesión nº 6250

FRANQUEO PAGADO
Concesión nº 1217

0882YA LBC 71
09-16-04 32180 XI

Domingo E. Taladriz, San Juan 3875, Bs. As.

For use in Library only

Princeton Theological Seminary Library

1 1012 01458 6996